

PRIMER CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS

Categoría Cuento

Segunda Mención Honrosa

Título: Más allá de Cien

Pseudónimo: Flora

Autor: Antonia María Rosello Rodríguez

Organizan:



Patrocina:



Media partner:



Más allá de cien.

El sol pegaba fuerte en la ciudad. Los niños mayores corrían calle abajo luego de la escuela, y los más pequeños se juntaban en la plaza a escalar los grandes árboles. Juanito pertenecía a este grupo de los pequeños del barrio, tenía el pelo castaño y revuelto, cinco años de vida y ya sabía contar hasta diez.

-Es muy importante saber contar hasta más allá de diez, me lo ha dicho mi hermano, que ya va a la Universidad- les decía Juanito a sus amigos con orgullo. Les mostraba los diez dedos sudados por el calor, y juntos contaban hasta diez. Luego se agachaban y seguían contando con los dedos de los pies -once, doce, trece, catorce, quince, diciseis... -¡Diez y seis! corregía uno de los amigos muy serio. Esto de saber contar era fundamental para poder estar en el grupo de Juanito, Manuel, Jaison e Isaías. La meta para los pequeños era llegar a cien: entonces realmente podrían competir con el grupo de las niñas del barrio, que ya contaban y algunas incluso estaban aprendiendo a leer.

Al atardecer todos debían volver a sus casas. Juanito corrió por la calle con hambre, pues era la hora de la cena. Al sentarse en la mesa, su madre parecía un poco preocupada. Los hermanos mayores le ayudaron a servir la comida, tibiecita y humeante. Juanito comenzó a comer rápidamente sin esperar a los demás ¡El hambre venía desde la hora de almuerzo! De pronto se percató que solo él estaba engullendo la cena, los demás lo miraban con caras tristes. El hermano mayor comenzó a hablar: Juanito y su madre viajarían a otro país, para buscar trabajo, aquí no les alcanzaba el dinero, y ahora que su hermano mayor iba a la universidad debían pagar matrícula, materiales y transporte. En el otro país a donde irían podrían ahorrar y mandar

dinero por un buen tiempo, no sería toda la vida, solo algunos años. Juanito no entendía muy bien, ¿y sus amigos? ¿y sus hermanos? ¿y su cama? ¿y su canario Ramiro? ¿Cómo iba a aprender a contar hasta cien en otro país?

Las cosas son complicadas a los cinco años. Sobre todo por que es difícil que los mayores comprendan tus inquietudes, quienes por lo general miraban a Juanito desde arriba y les murmuraban respuestas sin mucho sentido “cuando crezcas vas a entender” “esto es cosa de grandes” “simplemente porque sí”.

A pesar de las preocupaciones de Juanito, partieron de todas formas, dejando atrás los patacones, las iguanas de las plazas, el sol tibio de la tarde, sus hermanos y sus amigos. Ya en el avión viajando al nuevo país, se aferró fuertemente a la mano de su mamá. Se preguntó si Papá Noel veía así las montañas y las ciudades cuando entregaba los regalos, y con este pensamiento se quedó dormido.

Al llegar al país desconocido, Juanito se percató inmediatamente de algo distinto: el frío. El cielo estaba cubierto de nubes, como cuando se va a largar a llover y luego sale el sol. Pero acá solo había nubes, y un viento helado que le hacía doler las mejillas y le ponía la nariz colorada. Se aferró aún más fuerte a la mano de su madre, quien parecía muy ocupada con papeles y hablando con unos señores muy altos y elegantes. Todos parecían elegantes, nadie usaba camisetas, la mayoría iba de chaqueta, corbata, zapatos, y abrigos. Un gran auto los llevó desde el aeropuerto hasta la gran ciudad. Ciudad ruidosa, y llena de palomas se percató Juanito. También repleta de perros, lo que le gustó porque los perros son buenos para correr y jugar, al menos con tantos perros solitarios en las calles, no se sentiría tan solo. Se le ocurrió

hacerse amigo de todos los perros, y así además estarían resguardados por una gran manada de canes. Prontamente los deditos de los pies comenzaron a congelársele, y su madre sacó de su maleta ropa abrigada y se la puso bajo una gran estatua de un caballero de hierro también muy bien vestido que leía un trozo pergamino. Ya vestido con ropa de frío, se sintió un poco más parte de todas esas personas que corrían y caminaban de un lado para otro en la gran ciudad. De desayuno comieron sopaipillas y un té que le dio un calorcito nuevo en el cuerpo, mientras observaban las palomas picotear ansiosas las migajas que una señora gorda les lanzaba desde un banco. –Bueno, ya estamos aquí hijo- le dijo su madre, y besó la cabecita chascona de Juanito. – ¿Y nuestra casa?-preguntó el niño, tenía que conocer su nueva casa para poder dejar sus juguetes y para ver si entrarían todos los nuevos perros amigos.

La verdad es que casa, casa, no pudieron encontrar. La amiga de la mamá de Juanito los llevó a un gran pasaje en donde lo que si pudieron hallar fue una cama para los dos. Juanito estaba frustrado y cansado. Extrañaba su cama para él solo, su madre había empacado una pequeña cantidad de sus juguetes, y no conocía a nadie de la pieza. Además todos en la ciudad hablaban raro y bajito, y no lograba entender todo lo que decían. Por las noches en la pieza dormían otras personas, un señor roncaba como un león africano, una señora se tiraba pedos toda la noche, y las colchas olían mal. Juanito se aferraba a la mano de su madre para dormir tranquilo.

Por la mañana, pudo ver un poco de sol, y las calles le parecieron más bonitas. La amiga de su madre los llevó a un gran autobús que los trasladó por diversas calles. Mientras miraba por la ventana del autobús Juanito pensó que la ciudad tenía tantos lugares diferentes. Primero todo

era griterío, gente vendiendo cosas en las veredas, muchas palomas y perros, autos y buses. Pasado un tiempo, las calles se calmaron, desaparecieron los perros, y los jardines de las casas se volvieron más verdes y amplios. –Aquí nos bajamos- dijo la amiga de su madre. Llegaron a una casa muy grande donde todo olía a limpio. Juanito miró por los grandes ventanales, y se percató de una gran piscina, pero estaba sin agua. Quizás con el frío no daba ganas de meterse al agua. Una mujer que tenía las uñas limpias pero sin pintar, se les acercó. Les enseñó las habitaciones, y le dijo a su madre que tenía que limpiar y ordenar “Para qué, si todo está limpio y ordenado”, pensó Juanito. Pero prefirió no preguntar, porque siempre que hacía esas preguntas los adultos lo retaban.

Por unos días, Juanito acompañó a su madre a esta gran casa con piscina. El primer día descubrió que tenían un perro pastor alemán no muy cariñoso por lo que le dio susto aproximársele. El segundo día por la tarde llegaron unos niños, uno de ellos parecía de su edad y se le acercó. Se miraron por unos segundos, y luego Juanito le preguntó: -¿Sabes contar hasta veinte?- pensando que quizás en este país ya habían superado el número diez. El niño movió la cabeza negativamente. Juanito contó hasta diez con los dedos, pero luego miró los zapatos del niño y los suyos, y recordó que en este nuevo país no usaban chancletas, y no se le veían los deditos de los pies. Juanito mostró cara de preocupación, pero entonces el niño lo invitó a su cuarto a jugar. Ahí el niño llamado Martín tenía muchos autitos, dinosaurios, robots, pelotas, libros, una televisión y algunos videojuegos. Juanito estaba impresionado. Se pusieron a inventar historia inmediatamente con unos grandes dinosaurios que había en una repisa. De pronto Juanito se dio cuenta que podía enseñarle a Martín a contar hasta veinte, incluso podían

quizás llegar hasta cien, al usar cada juguete que tenía su nuevo amigo para numerarlos y contar. Sobre todo con los autitos que abundaban en una gran caja. “Algunos me los han regalado mis hermanos mayores, eran de ellos pero ya no los usan”. Juanito pensó que este niño poseía demasiada suerte, tenía piscina, más de cien juguetes y un gran patio para correr. Principalmente lo más importante era que tenía una cama para él solo. No simplemente una cama, sino también una gran habitación donde no tenía que escuchar los ronquidos de nadie ni sentir los olores de los demás. Pero pensó que al menos él sabía contar hasta veinte y quizás más, y Martín no. De todas formas, juntaron en una hilera y le enseñó los números que no sabía. Estuvieron así toda la tarde y lograron llegar hasta cincuenta, lo cual era bastante. Muy satisfechos se separaron al atardecer, y el niño le regaló uno de los autitos. Juanito volvió esa tarde muy contento a casa jugando con el nuevo carro rojo que le habían obsequiado. “Al menos ya tengo un nuevo amigo, que no es un perro”, pensó el niño y se quedó dormido con este dulce pensamiento.

Pero las semanas siguientes Juanito no pudo volver a la casa de Martín. Su madre le explicó que debía ir a un colegio como los demás niños, incluso su nuevo amigo tenía que hacerlo. Juanito se enfadó. Las semanas pasaron grises y heladas. En el nuevo colegio no conocía a nadie, a su alrededor pasaban cientos de niños corriendo y gritando, los niños lo empujaban y las niñas le tiraban el pelo. La profesora era amable con él, pero de todas formas se sentía solo y muchas veces aburrido. En la clase le estaban enseñando a contar pero solo iban en los primeros números. Y por supuesto todos usaban zapatos, bototos o zapatillas y no podían seguir contando con los dedos de los pies. Y nadie tenía tantos juguetes en la escuela

como Martín para poder llegar a cien. Además, seguía durmiendo con su madre en una sola cama, en donde cenaban y todo quedaba sucio.

Juanito soñaba por las noches que volvía a su casa, en donde siempre había sol y calor, y sus amigos lo invitaban a jugar al parque y comían juntos patacones. Despertaba preocupado y pensaba que la vida era muy injusta con él. “Aquí nadie come patacones, hace frío todo el año, nadie se ríe, en los árboles no hay iguanas, y no tengo mi propia cama ni mi propia casa”. Una mañana su madre lo miró y le preguntó que sucedía, pues tenía una cara muy mala. Juanito pensó que no lo iba a entender, porque nunca entendían sus complicadas preocupaciones. Pero su madre insistió y le contó que creía que estaban en el país del frío y que no había patacones, ni iguanas en los árboles, ni amigos en las calles.

Extrañamente su madre lo entendió. Y le explicó que este no era el país del frío, sino que era un país que tenía diferentes estaciones “verano, otoño, invierno y primavera. Ahora estamos terminando el invierno, ¿sabes cuál viene ahora?” “Primavera”, murmuró Juanito, ¿hace frío en la primavera? Su madre le reveló que no hacía frío en esta estación: los árboles florecen, y luego les crecen las hojas. El sol sale y comienza a calentar nuestros cuerpos, y la ciudad hace una fiesta para celebrar la llegada del sol. Juanito no podía creer estas palabras. Pero en el camino al colegio, se dio cuenta que los árboles estaban florecidos y que el sol brillaba sobre sus cabezas, entonces sintió que por dentro el corazón se le ponía a bailar de alegría. ¡Quizás en la primavera hasta comían patacones!

Así, el clima fue cambiando poco a poco. Juanito se dio cuenta que la gente comenzaba a usar menos ropa y parecía incluso más alegre. Y su madre preocupada, lo llevó a una enorme feria donde había algunas personas de su país caluroso que cocinaban patacones en la calle y los vendían. También hacían muchos tipos de jugos de frutas, y los niños revoloteaban por ahí persiguiendo palomas y devorando algodón de azúcar. Juanito pensó que el país del frío no era tan malo, y decidió cambiarle el nombre: el país raro. Raro porque no tenía cama ni casa, raro porque tenía diferentes climas y estaciones, raro porque nadie se preocupaba de los perros y no había iguanas en los árboles. Y raro porque él se sentía siempre raro, lo miraban raro cuando hablaba y nadie comía lo que a él le gustaba que era patacones con pescado frito y arroz.

Pero su mamá le explicó que tendrían que quedarse un buen tiempo en este nuevo país raro, por lo que había que acostumbrarse. Un caballero muy gordo que dormía en la misma habitación que Juanito y su madre, le explicó que la palabra *acostumbrarse* tiene relación con aprender las costumbres de un lugar para conocer a las personas que viven ahí. -¿Qué son las costumbres?- preguntó Juanito que no estaba entendiendo mucho. -Las costumbres son esos modos o formas de comportarse que tiene un grupo de personas, por ejemplo la costumbre de aplaudir luego de una función- Oh de usar abrigos cuando hace frío- exclamó Juanito contento. Este hombre gordo que se llamaba Gabriel era muy sabio, y le explicó que en los países existen diferentes costumbres por esto Juanito no entendía mucho las formas de ser de las personas del nuevo país. Por ejemplo Gabriel solía hacer parrilladas en la calle e invitar a los amigos, escuchar música y charlar por las tardes. Pero en este nuevo país eso no lo suelen hacer los vecinos, los asados se hacen dentro de la casa y la calle se usa para caminar o para andar en auto, lo cual era muy aburrido pensó Juanito. Quizás las plazas pueden ser usadas para

divertirse. —Pero podrías enseñarles a los vecinos a hacer asado en la calle y a jugar naipes como lo hacías en tu país- replicó Juanito al enorme Gabriel, quien soltó una carcajada- “A donde fueres has lo que vieres”, es difícil Juanito, un poco difícil.

El tiempo pasó más rápido aún, y Juanito comenzó a entender el nuevo país raro donde vivía, y de pronto ya no lo encontraba tan raro, quizás se estaba *acostumbrando*. Y una mañana se dio cuenta que ya no necesitaba el abrigo para ir al colegio, ni los guantes ni la bufanda. Ni siquiera tenía que ir al colegio porque todos estaban de vacaciones, y el sol pegaba fuerte sobre las cabezas, los niños se manguareaban en las plazas y comían helados a destajo. Juanito corrió a la plaza a capear el calor, y descubrió que ya nadie usaba zapatos cerrados, sino que unas chancletas que les decían “condoritos” o “hawaianas” o simplemente “chalias”. Incluso había niños que no necesitaban usar zapatos y corrían descalzos por el asfalto hirviendo. Entonces Juanito recordó su viejo barrio en su antiguo país. Recordó a su grupo de amigos y las tantas veces que corrieron por los parques persiguiendo iguanas, escalando árboles, buscando agua para evitar el calor. Se dio cuenta que no quería olvidar a sus amigos, pero ellos estaban lejos y los niños de esta plaza estaban muy cerca. Se les unió para mojarse con la gran manguera verde de la plaza, y luego exclamó contento: ¡Ahora podemos contar hasta cien! Y esto era porque a todos se les veían los dedos de los pies y de las manos. Un niño con pelos parados y ojos oscuros se le acercó muy serio, y juntos comenzaron a contar con los dedos. Poco a poco se les unieron más niños y niñas y pasaron toda la tarde contando. Algunos trajeron sus juguetes para contar y cuando anocheció llegaron a 130. Fue una gran odisea lograr superar el número cien pero para todos valió la pena, porque volvieron con grandes sonrisas a sus hogares. Cuando

Juanito llegó a su casa, descubrió que su madre le había comprado una pequeña cama solo para él. Un calorcito tibio sintió que le subía por el corazón. Quizás había llegado el verano en este país tan raro donde al menos, había aprendido a contar más allá de cien.

Autor: Flora